

*Donativo del autor 88497* *Marzo 1895*

# EL COMBATE NAVAL DE YA-LU

11

ENTRE

## CHINOS Y JAPONESSES

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

el día 13 de Diciembre de 1894

POR

DON RAMÓN AUÑÓN VILLALÓN

CAPITÁN DE NAVÍO Y DIPUTADO Á CORTES

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. ALVAREZ

15, Ronda de Atocha, 15

1895

# EL COMBATE NAVAL DE YA-LU

ENTRE

## CHINOS Y JAPONESES

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

el día 13 de Diciembre de 1894

POR

### DON RAMÓN AUÑÓN VILLALÓN

CAPITÁN DE NAVÍO Y DIPUTADO Á CORTES



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. ALVAREZ

15, Ronda de Atocha, 15

1895



---

SEÑORAS Y SEÑORES:

Diez años hace ó poco menos que por primera vez vine á este sitio que en tantas ocasiones han honrado los sabios con su presencia y su palabra.

Entonces, como ahora, vine obligado por el ruego, que para mí es mandato, de vuestro digno Presidente, y ahora, como entonces, empiezo demandando de vosotros lo que más necesito: vuestra benevolencia.

En el transcurso de diez años, período ya sensible para todos en nuestra corta vida, y más sensible aún para los que, después de haber llegado hasta su cumbre, bajaban ya la cuesta que conduce de nuevo á la planicie, la muerte no ha cesado en su labor constante y ha arrebatado de este centro un número no escaso de hombres eminentes cuyo espíritu queda entre vosotros como reliquia veneranda, aquí donde halla un templo en el que no ha de perecer jamás, vivificado de continuo con el calor de vuestro culto. Sean para su memoria veneranda mis primeras palabras; sean para vosotras y para el Ateneo mis primeros saludos.

Y ya pagado este tributo á la memoria de los muertos,

y confiado en la benevolencia de los vivos, entremos desde luego en el asunto de mi conferencia.

---

Triste es, señoras y señores, que en esta corta vida de la humanidad, tan abundante en penas y en dolores, de los cuales no es dado prescindir, porque forman, digámoslo así, parte integrante y casi necesaria de la propia naturaleza, hayamos de buscarnos otros, fundados en motivos de mero convencionalismo, pero tan opresores, tan tiránicos con relación á nuestro propio espíritu que tampoco podemos, ni pudimos, ni podremos desprendernos de ellos á despecho de la soberanía de la razón humana que, cual destello de la divinidad, parece que debía sobreponerse á toda clase de intereses y de preocupaciones.

Me refiero, señores, á la existencia de la guerra como un mal, por ahora, inevitable; á la conveniencia teórica, más que teórica, piadosa, de una perpetua paz, y á la certeza triste de que por mucho que la deseemos no se vislumbran todavía los primeros albores de su augusto reinado.

Algo, sí, se adelanta; la guerra ya no es, ó es pocas veces caprichosa; el batallar no es ya la ocupación habitual de todas las naciones; á lo menos alternan y sus estragos son mirados, no como el logro ambicionado de una cruel aspiración, sino como el tremendo resultado de una calamidad inevitable.

Sin embargo, ese azote cruel, esa necesidad de las naciones y de los individuos que empezó con Caín y que aun subsiste á despecho de todos los filósofos, algo tiene de grande, algo que atrae y que interesa, algo que en medio de su horror y de sus hecatombes produce en nuestra alma determinadas sensaciones, que así como el abismo á los poseídos del vértigo, como la luz ó el fuego á la ino-

cente mariposa, parece que á lo menos su relato atrae é interesa hasta á los corazones más sensibles, siquiera no sea más que para desahogarlos vertiendo lágrimas sobre las tumbas, exhalando un suspiro ó consagrando una oración á la memoria de sus víctimas.

A algo que con la guerra, siquiera sea lejana, está relacionado, hemos venido en esta noche. El tema de mi pobre conferencia es justamente un episodio y bien cruento de uno de esos horrores: un combate sangriento entre los hombres, verificado sobre elemento movedizo, ansioso de atraer á su seno mortal cuantos alientan sobre el flotante suelo en que pelean; de confundir en sus entrañas é igualar en la paz de la muerte á vencedores y vencidos, á los que alegres esperaban ceñir su frente de laureles y á los que tristes presumían llorar en el olvido su deshonor ó su desgracia: una batalla sobre el mar en el extremo Oriente: el combate naval del Ya-lu.

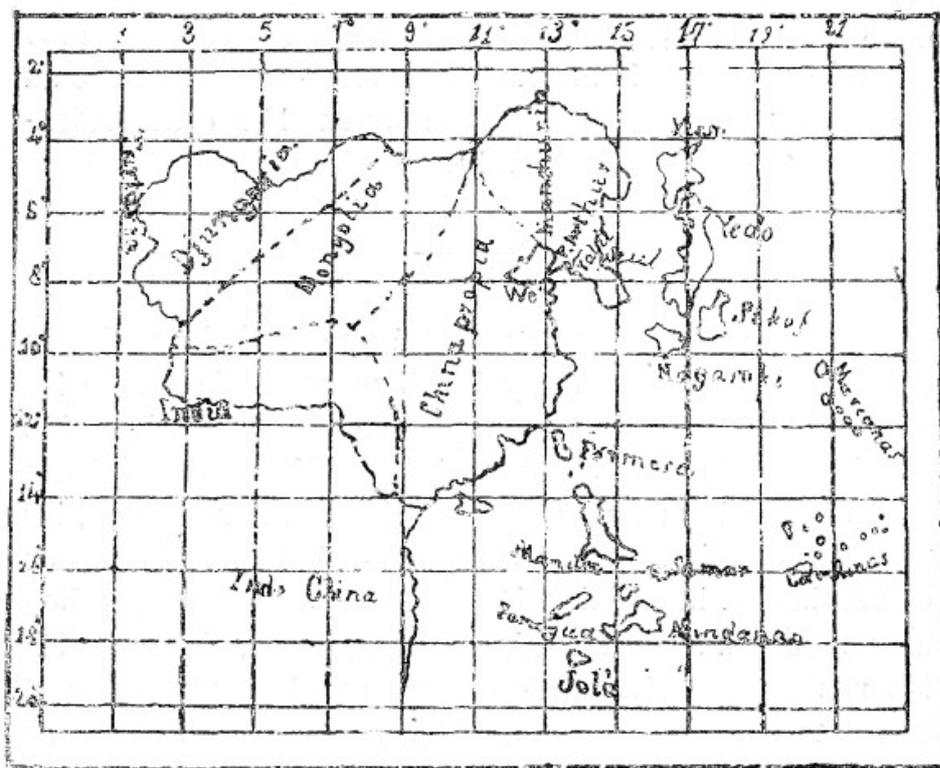
---

Ya en anteriores conferencias á que ha dado realce la actualidad de la materia y la elocuente palabra de los dignos señores que las tomaron á su cargo, habéis tenido ocasión de conocer y de apreciar, no sólo las condiciones geográficas, la organización política, militar y naval, los usos y costumbres y los avances más ó menos eficaces en el camino de la civilización de los dos pueblos que hoy atraen con su lucha las miradas del mundo, sino también las razones, motivos ó pretextos que han producido el presente conflicto entre la China y el Japón, la solemne declaración de guerra, la rápida invasión de la Corea y los progresos de la lucha en cuanto se refiere á los ejércitos terrestres.

Ni lo extenso de aquellos detalles harían necesaria la menor ampliación, ni lo ameno de su relato admite competencia, ni la escasez del tiempo de que he podido dispo-

ner, atento á otras ocupaciones, no más gratas, pero más apremiantes, me permiten, ni exigen, ni aconsejan repeticiones que serían innecesarias para los que á ellas asistieron.

Mas para aquellos otros que se encuentren en distinto caso, daré una rápida ojeada sobre el mapa de aquellos países, lo necesario solamente para el conocimiento de las tres naciones que son parte en la contienda y para apreciar los motivos que ocasionaron y los elementos que contribuyeron al hecho singular cuyo relato es el objeto de mi modesta conferencia.



El imperio de China ó *Celeste* es el mismo *Cathay* que en el último tercio del trigésimo siglo visitó y describió el viajero veneciano Marco Polo, y aun cuando desde entonces á esta fecha todo el orbe ha sufrido transforma-

ciones importantes físicas y políticas, no es ciertamente China el clásico país. de los progresos y de las novedades.

Su extensión actual es aún mayor que la de toda Europa reunida: 11 millones y medio de kilómetros cuadrados sembrados de montañas, como el Himalaya, de altura casi doble del Mont Blanc (9 km. en sentido vertical), y el Tibet, que es la fuente de los grandes ríos como el Yang-Tsee, cuyo curso rebasa las 500 leguas (cuatro veces el curso del *Ebro*).

Solamente dos grandes imperios, los dos colosos de la Europa, el Británico y el Moscovita han extendido más que China los dominios sujetos á su soberanía; mas el primero se halla fraccionado y esparcido por la haz de la tierra y el segundo no se halla tan poblado como China. El cetro de su soberano alcanza, ó pesa, ó avasalla 400 millones de subditos, número á que no alcanzan todos los europeos reunidos.

Grandemente se ha divagado y se divaga todavía sobre el origen de este imperio, que sin duda ninguna se remonta á la mayor antigüedad.

Confucio, que escribió su *Chu-King*, el libro de los libros, ó el libro por excelencia, según los chinos, unos quinientos años antes de Jesucristo, empieza su relato desde veinte siglos antes de nuestra era, lo cual colocaría la fecha de su origen entre el diluvio y la guerra de Troya; pero para la generalidad de los chinos, especialmente para los menos ilustrados, que siguen la tradición hablada, el venerable Confucio erró en esto la cuenta de una manera lamentable, porque el *Celeste Imperio* está regido, según ellos, por *El Hijo del Cielo* desde hace ochenta ó cien mil años.

Yo no tengo interés en disputar á estos hijos del cielo una antigüedad que sería de gran provecho para los anticuarios ó coleccionadores, ó á lo sumo para aquellas familias nobilísimas que á trueque de la honra de su mayor antigüedad no tuviesen reparo en descender de chinos;

pero sí haré notar que aun aceptando la más moderna de esas fechas, los ochenta mil años, y relacionándola con nuestro Viejo Testamento, resulta que el imperio chino es por lo pronto *impermeable* porque no ha perecido en el diluvio universal; sus habitantes nos llevan gran ventaja á los cristianos, estando limpios del pecado original, porque son anteriores á nuestro padre Adán; y si no nos resultan desde luego anteriores al mundo y coetáneos de Dios será porque no estamos muy seguros de la fecha de la creación.

Ya digo ingenuamente que no poseo documentos ni probanzas para negar lo que con tanta certidumbre aseguran los chinos, ni el convencerlos de su error me aportaría ventajas proporcionadas á la importancia de la empresa; pero allá en lo más íntimo de mis cavilaciones he llegado á creer ó á sospechar que lo que debe haber en China son muchos andaluces, si no de nacimiento, de inclinaciones y de facilidad de lengua mucho más pronunciadas que los nuestros.

Lo que no ofrece duda es que los chinos no han vivido siempre en el atraso que pudiera creerse, porque antes que nosotros conocieron la polarización de los imanes y el uso de la aguja náutica, acometieron grandes obras de canalización y aun se asegura que utilizaron con provecho la pólvora y la imprenta.

Actualmente se divide en las grandes regiones siguientes:

La China propia, que comprende lo más civilizado y floreciente del imperio. En ella, y siguiendo el orden de Norte á Sur están *Pekín*, ó capital del Norte; *Nankin*, ó capital del Sur; *Wei-hai-wei*, uno de los nuevos arsenales; *Shanghai*, ciudad muy populosa y comercial; *Emuy*, de donde proceden la mayor parte de los chinos que van á Filipinas, y *Cantón*, la ciudad más comercial, en donde fueron encarcelados los primeros portugueses que llegaron á China, porque en concepto del Virrey tenían *exce-*

*so de nariz y falta de educación*, á pesar de lo cual conservan todavía su pequeña península de *Macao*, á cuyas inmediaciones Inglaterra, para no ser menos, ha enarbolado su bandera sobre *Hong-Kong*.

Al Norte de la China propia se halla la *Mandchuria* ó *la dominadora*, porque de ella es oriunda la actual dinastía, que es la 16 y comenzó en 1616, y en ella se halla *Mukden*, el panteón de sus Emperadores, especie de *Escorial* de los *mandchures*, y á la vez, según dicen, depósito de los tesoros imperiales, ascendentes á más de mil millones de duros, cuyo olor parece que ya empiezan á percibir los ejércitos japoneses.

Más al Oeste se halla la *Mongolia*, patria de *Gengiskan* y *Tamerlán*, grandes conquistadores que en el siglo XIV dominaron el Asia desde el mar Caspio hasta Pekín.

Al Noroeste se halla la *Djungaria* ó *Kalmukia*, temporalmente ocupada por los rusos con el consentimiento de los chinos y con trazas de engañarlos como á tales.

Al Sur de la *Djungaria* se halla el *Turkestan* ó la Tartaria china, y más al Sur el *Tibet* con sus grandes montañas y su ciudad de *Sassa*, la Roma de los *Budas*, más elevada que el *Mulahacen*.

Una de las particularidades de China es su famosísima muralla de ladrillo de 420 leguas de largo (como de Cádiz á Berlín) pacientemente construida por los chinos para defenderse de los tártaros, con tan poca fortuna que éstos saltaron la muralla, escalaron el trono y colocaron sobre él una nueva dinastía.

La China se gobierna actualmente por medio de 18 Virreyes, cada uno de los cuales organiza á su gusto su ejército y su armada si la cree necesaria, y provee á la defensa de su respectivo territorio. El más importante de ellos es el anciano *Li-Hung-Ghan*, Virrey de *Petchili*, por hallarse enclavada en su territorio la corte del imperio.

Dicha corte es *Pekín*, poblada por dos millones de ha-

bitantes y dividida en dos partes, separadas por un río y unidas por varios puentes; la comercial ó china al Sur y la oficial ó tártara al Norte, que afecta la forma cuadrada, única perfecta entre los chinos, y está cercada de triple muralla, con torres elevadísimas hasta de nueve pisos. En el recinto más exterior habita la guarnición y los funcionarios de inferior categoría, en el segundo los altos funcionarios y en el tercero ó central, que es una fortaleza inexpugnable, el *Sancta-Sanctorum* de los chinos, habita casi invisible para sus súbditos y con el título modesto de *Hijo del Cielo*, la humana personalidad del Emperador *Tsai-Tien-Kuang-Tu*, soberano absoluto de veinte y dos años, que empezó á reinar á los tres, bajo la regencia de su augusta madre, á quien siguiendo el orden de nuestros parentescos pudiéramos llamar *la Viuda del Cielo*.

Los chinos tienen parques militares y fabricación de armas en *Tientsin*, *Nankin*, *Hangshau* y *Cantón*, y arsenales de construcción con diques en *Foo Chou*, *Wei-hai-wei*, *Shanghai* y *Port-Arthur*, que es del que recientemente se han apoderado los japoneses.

El Ejército, dicen ellos que consta de 900.000 soldados, pero ya el Sr. Suárez Inclán, en su elocuente conferencia se ha encargado de hacer la rebaja, dejándolos en 200.000.

La Marina, que era más numerosa de lo que generalmente se creía, se compone de los buques cuyos nombres os voy á leer si no os molesto, y digo leer, aunque no sé si digo la verdad, porque en muchas cosas estoy atrasado, pero principalmente en idioma chino me encuentro en condiciones de obtener premio en unas oposiciones á plaza de ignorante, y ni aun leyendo sé si acierto, porque hay nombres que sólo difieren en una *H* y otros en menos todavía, en que la *H* cambia de lugar entre sus compañeras; y agradecedme esta leal declaración, porque también pude haber adoptado el sistema de *á luengas tierras luengas mentiras*, y si alguna digo (de lo cual no estoy muy seguro) será porque yo mismo *me lo* he creído antes.

Los principales buques de la armada china, son:

CLASE	Año	NOMBRES	Toneladas.	Caballos.	Velocidad.	Mayor Calibre. Centímetros.	Tubos torpedos.
5 acorazados de acero con torres ó barbata.....	82	Chen-Yuen.....	7.430	6.200	14	30	3
	81	Ting-Yuen.....					
	87	King-Yuen.....	2.850	3.600	16	20	3
	90	Ping-Yuen.....					
	87	Lai-Yuen.....					
21 cruceros de ace- ro sin coraza.....		Chi-Yuen.....	2.200	2.000	15	20	3
		Ching-Yuen.....					
		Foo-Ching.....					
		Foo-Sing.....					
		Hai-An.....					
	83	Kai-Chi.....					
	á	Nau-Shing.....					
	93	Nu-Ko.....					
		Nau-Tching.....					
		Tsi-Yuen.....					
		Yang-Pao.....					
		Ye-Sing.....					
		Foo-Choo.....					
		Huang-Tai.....					
		Kong-Bing.....					
81	Kuang-Ki.....	1.000	2.000	15	15	3	
á	Kuang-King.....	á	á	á			
91	Kuan-Ting.....	1.500	3.000	16			
		Tchao-Yong.....					
		Yang-Wei.....					
		Kong-Hi.....					
14 buques menores.....	»	Buques menores.....	500	»	»	15	»
26 cañoneros.....	»	Cañoneros.....	300	»	»	12	»
43 torpederos.....	»	Torpederos.....	60	»	»	»	2
6 buques de río.....	»	Buques de río.....	100	»	»	12	»

RESUMEN APROXIMADO

115..... buques.  
 180..... cañones.  
 80.000..... toneladas.  
 90.000..... caballos.

La otra nación beligerante es el Japón, especie de Inglaterra del Oriente bajo muchos conceptos.

Muy inferior por su extensión á China, está formado de unas tres mil islas volcánicas que se extienden casi en la dirección del meridiano al Este de Mandchuria y de Corea. Su superficie, algo menor que la de España, sostiene en cambio doble población: 35 ó 40 millones de habitantes, muy castigados por los terremotos en el interior y por las nieblas en las costas.

Las islas principales son:

Al Norte, *Yesso*.

Al Sur de ésta, *Nifon*, que es la más importante por su extensión, y porque en ella están la antigua *Kioto* (corte del Oeste) y *Tokio* ó Yedo (corte del Este) con dos millones de habitantes, sobre el río *Todagava*, en comunicación con el puerto militar de *Yokohama*

Sigue á esta isla, más al Sur, la de *Sikof* y á ésta la de *Kieu-Sieu* con el importante astillero de *Nagasaki*, desde el cual parte un cable á Shanghai, en China, y otro á *Wladivostock*, en Rusia, por los cuales comunica el Japón con el resto del mundo.

El Gobierno fué absoluto hasta 1868, y desde esta fecha es constitucional bajo el cetro del *Mikado* ó Emperador *Mutsu Hito*, que reina desde los quince años y cuenta hoy cuarenta y dos.

Su Ejército se halla organizado á la francesa, con alguna mezcla de sistema alemán, y puede elevarse fácilmente á 150.000 hombres, bien armados y con excelente material de guerra.

Tiene parques y fábricas militares en *Osak* y en *Yokosuka*; arsenal de Marina en, *Yokohama* (*Nifon*) y astilleros de propiedad particular en *Nagasaki* (*Kieu-Sieu*) y en *Kobe*.

La Marina es algo inferior á la de China en cuanto al número de buques, pero mucho mejor organizada, como veremos luego.

Los principales buques de la armada japonesa son:

CLASE	Año	NOMBRES	Toneladas.	Caballos.	Velocidad.	Mayor Calibre. Centímetros.	Tubos torpedos.
5 buques protegidos.....	77	Foo-Soo.....	3.718	3.500	13	24	2
	89	Tschiyoda.....	2.450	5.600	19	17	2
	78	Hi-Yei.....	2.200	2.500	13	17	2
	78	Kong-go.....					
	64	Rio-Jo.....	1.459	1.000	9	17	»
21 cruceros sin co- raza.....	91	Hasidate.....	4.200	5.400	17	32	4
		Ytsukushima.....					
		Matsushima.....					
	92	Yoshimo.....	3.200	8.000	18	32	4
		Akitsuishima.....					
		Naniwa.....					
	82	Takachio.....	1.500	1.500	13	17	2
		Kaimon.....					
		Katsuraki.....					
		Muzasi.....					
		Nis-Chin.....					
		Takao.....					
		Ten-Rio.....					
	Ysukushi.....						
	68	Yaeyama.....	1.000	1.000	12	15	»
Yamata.....							
Amaki.....							
3 transportes	68	Asama.....	1.000	1.000	12	15	»
		Fuzuyama.....					
		Tsukuba.....					
14 buques menores.....		Buques menores.....	700	700	15	20	»
5 cazatorpederos.....		Cazatorpederos.....	300	»	»	»	»
41 torpederos.....		Torpederos.....	60	»	»	»	2

RESUMEN APROXIMADO

80..... buques.  
 200..... cañones.  
 70.000..... toneladas.  
 100.000..... caballos.

Entre el imperio de los hijos del cielo y el del sol naciente, unida al uno por la frontera de Mandchuria y las *Montañas blancas* (Tai peí San), y dando vista al otro por el mar, se encuentra la península de Corea, verdadera manzana de la discordia entre sus dos vecinos.

Así como la China se asemeja por su extensión á Rusia y el Japón por su condición insular y su espíritu expansivo á Inglaterra, la Corea, por su configuración peninsular prolongada de N. á S. puede considerarse como la Italia del Oriente, y para que el parecido sea completo, tiene la isla de *Kelpaert* ocupando el lugar de Sicilia.

Su extensión es menor que la de Italia, y su población no pasa de diez ó doce millones de habitantes, no muy sobrados de cultura.

El Gobierno es absoluto y ejercido por el Rey *Li-Howi*, que, á semejanza de su vecino *Mutsu-Hito*, del Japón, tiene cuarenta y cuatro años y es Rey desde los trece.

La capital es *Seoul* ó *Anyang*, con 200.000 habitantes, en comunicación con los puertos de *Chetnulpó* y *Asam*, en el mar *Amarillo*, y desde el primero de ellos parte un cable á *Pekín*, por donde comunica la Corea con el resto del mundo.

No pretende este reino ser tan viejo, al menos en concepto de nación independiente, como los hijos del Celeste Imperio. Sólo se sabe que al principio de la era cristiana estaba dividido en pequeños estados feudales, algunos de ellos, los del Sur, vasallos del imperio del Japón, y que en el siglo XI, bajo la protección de China, un Príncipe celeste (*Tchiang*) los reunió, formando un solo Estado, mas sin negar el señorío del Japón sobre las provincias meridionales.

Durante la guerra civil que los señores feudales del Japón sostuvieron contra el Mikado ó soberano, en 1662, la Corea, apoyada por China, intentó recobrar su absoluta independencia; pero *Saigo*, General japonés, invadió la península y quedó nuevamente establecido el vasallaje de

las provincias del Sur y el pago de un tributo al Japón, á la vez que los chinos, verificando otras invasiones por la frontera de Mandchuria, exigieron y obtuvieron el vasallaje de aquella parte, también con su correspondiente tributo, y así continuaron hasta el siglo presente, en esa situación ambigua de ser un reino independiente y vasallo á la vez de dos naciones poderosas y rivales.

Una matanza de misioneros cristianos, en 1846, hizo fijar la atención de la Europa en aquel reino y aun provocó una manifestación naval de Francia llevada á cabo por el Almirante Rigault de Genouilly; pero no debió influir mucho en el ánimo de los coreanos, porque en 1866 repitieron tranquilamente una nueva matanza de misioneros, y entonces el Almirante Roze desembarcó las tripulaciones de su escuadra en la embocadura del *Hang-Kiang*, tomó á *Kanhwa*, y desde allí dirigió al Soberano de Corea una reclamación enérgica.

Contestó Li-Howi que los misioneros no iban allí más que á perturbar sus Estados con la predicación de ideas verdaderamente extrañas, y que no queriendo cortarles la cabeza como allí se acostumbraba, por respeto á la nación á que pertenecían, habían adoptado con ellos un temperamento medio: el de crucificarlos, por el procedimiento que ellos mismos enseñaban en unas estampas que iban repartiendo por sus Estados.

El Almirante Roze, por toda contestación á tan extraña manera de discurrir, destruyó la ciudad de *Kanhwa*, reembarcó sus fuerzas y dió por terminado su encargo.

En 1871 el Comodoro Rodgers, de los Estados Unidos, repitió igual operación á consecuencia del saqueo de un buque de su nación que había naufragado en las costas de aquella península, y que los coreanos se repartieron buenamente como si se tratase de un obsequio enviado por Buda para regocijo de los creyentes.

Se ve, pues, que Corea, aun colocada entre naciones que por entonces no habían entrado ó no habían avanza-

do mucho en el camino de la civilización, todavía era considerada, y no sin *razón*, por sus vecinos, como necesitada de su tutela y protección, y á tal estado llegaba la resistencia de Corea á vivir en contacto con lo que nosotros estimamos como progresos ó conquistas de la civilización, que cuando en 1868 entró el japonés resueltamente por ese camino, ocurrió el caso singular de que el Rey *Li-Howi*, escandalizado de aquella *bochornosa* transformación y tendencia a las costumbres europeas, creyó que lo menos que podía hacer por el bien de sus pueblos era publicar un edicto que poco más ó menos decía lo siguiente:

“Habiendo caído el Japón en un estado lastimoso de barbarie, y siendo mi paternal deseo evitar el contagio á mis amados subditos, les prohibo, bajo pena de muerte, todo trato con aquellos salvajes.,,

Y con tal decisión tomó este empeño, que en 1875 se negó á recibir á un Embajador japonés bajo el pretexto de que se había presentado vestido á la europea con el *indecoroso* frac importado por los bárbaros de Occidente y recibió á cañonazos á un buque de guerra de la misma nación que se había aproximado á sus costas.

Sin duda pareció á los japoneses que la broma iba siendo pesada, y en el año siguiente (1876) enviaron una escuadra que no sólo hizo abrir *las puertas* al Embajador de frac sino también *los puertos* de Corea al comercio extranjero.

Mas no por eso escarmentaron, porque en 1882, en una de esas asonadas populares, que allí no sería por cuestión de consumos ó de elecciones municipales, pero sería por causa análoga, el populacho de Seoul, después de hacer á manera de prólogo una matanza de japoneses, acometió a la Legación en tales términos que el representante del *Mikado* tuvo que quitarse el frac, huir á la costa y tomar á toda prisa un barquichuelo del cual fué recogido en la mar por el crucero inglés *Flyng-Fisch* que lo condujo á Nagasaki.

El Japón esta vez no se entretuvo en formular reclamaciones diplomáticas. Veinte días después de la ofensa, su escuadra desembarcaba en las costas de Corea 5.000 soldados que sin descanso alguno entraron en Seoul, llevando á su cabeza al expulsado Embajador. El pueblo coreano, sobrecogido entonces de terror, se volvió airado contra su propio Soberano, y hasta se habló en aquellos días de una abortada tentativa de asesinato contra la Reina de Corea.

Alarmóse igualmente el Gobierno del *Hijo del Cielo*, y como en 1662, hizo entrar otro Ejército por la frontera de Mandchuria y sin hallar ninguna resistencia llegó hasta Seoul.

Las tres potencias, de común acuerdo, convinieron en que Corea pagaría al Japón dos millones y medio de francos, indemnizaría á los perjudicados y á las familias de los muertos y soportaría la presencia en su corte de una guardia japonesa para seguridad de su Legación.

En el año siguiente (1883) á fin de prevenir nuevas complicaciones se celebró en *Tientsin* un tratado de recíproca amistad entre las tres naciones, en cuya virtud China y Japón se comprometían á que cada una de ellas no interviniese de una manera activa en los asuntos interiores de Corea sin el consentimiento de la otra, y, en que, si alguna de las dos lo hiciera, quedaría la otra facultada, *ipso facto* para desembarcar tropas en número doble del que hubiere desembarcado la primera. Es de notar que este tratado, cuyo principal objeto había sido evitar todo motivo de desavenencia entre la China y el Japón, fué precisamente la causa del conflicto que diez años después había de ocasionar la guerra, como veremos luego.

Sucesivos acuerdos ó sucesivas imposiciones de las escuadras de distintos países hicieron que Corea abriese definitivamente sus puertos al comercio de los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia, Rusia, Francia y Austria, y finalmente, en 1885, se concertó nuevo tratado

de comercio entre Corea y Japón, que ha subsistido hasta que en este año (1894) surgió el conflicto que motiva la guerra presente y que voy á explicar en brevísimas palabras.

---

CONFLICTO ENTRE CHINA Y EL JAPÓN

Desde que la civilización europea asentó sus reales en el imperio del Japón, la novedad deseada ó impuesta se extendió de tal modo por todas las esferas de la administración pública y aun de la vida privada, que, buscando los términos extremos, abrazó desde el calzado hasta el turno pacífico de los partidos.

El Mikado, Soberano absoluto, educado en las prácticas del sistema feudal, se convirtió espontáneamente en revolucionario, y cual otro *Fernando el Deseado*, hizo marchar á todos y él el primero por la senda constitucional, pero con una buena fe que los hechos abonan. Reorganizó su Ejército á la francesa; la Marina á la inglesa; la administración pública según los más modernos patrones; reformó el traje nacional, imponiendo á los empleados el sombrero de copa y el frac, desde que el sol apareciera en el Oriente, y á todo se allanaron los súbditos sin mostrar resistencia más que en el uso del calzado de charol, que al parecer no se avenía con la delicadeza de los pies japoneses; pero que, sin embargo, por respeto al Soberano y á la conservación de los destinos, se conformaron con llevarlo debajo del brazo como prenda reglamentaria.

Alentado el Monarca japonés con el éxito de sus innovaciones, proseguía cada vez con más ahinco y hubiera reformado ó suprimido hasta el idioma, obligando á sus súbditos á expresarse en inglés correctísimo si el buen sentido que en general acompañaba á todas sus reformas

no le hubiera advertido del peligro de acometer hasta lo irrealizable, de suprimir ó trastornar hasta aquello en que encarna, y se conserva, y se trasmite la idea de la patria.

Porque, señores, el idioma nativo, aquel en que escuchamos las primeras oraciones de labios de una madre amorosa, aquel en que en las aulas aprendimos el relato de las hazañas realizadas por los héroes patrios; aquel que en años juveniles trae á nuestros oídos tímidamente pronunciadas las primeras palabras de amor; aquel que en suelo extraño nos recuerda la tierra en que nacimos, que en el combate nos alienta, que en la victoria nos halaga, que en los dolores nos consuela... ese no puede ser sustituido.

Recitad en inglés, si podéis, las *cántigas* y las *querellas* del Rey Sabio; pronunciad en dulcísimo italiano las terribles palabras con que Guzmán acompañó su acción sobre los muros de Tarifa; repetid en perfecto holandés la orden inconcebible de Hernán Cortés al disponer la quema ó el barreno de sus naves; rezad en turco, requebrad en sueco... y ni las *cántigas* ni las *querellas* os conmueven, ni Guzmán os asombra, ni Cortés os admira, ni oráis, ni requebráis, ni acude á vuestra mente, ni por ninguna parte os aparece la idea santa y adorable de la Patria. (*Aplausos.*)

Pero dejemos esto y volvamos á Oriente.

Iba diciendo que la civilización europea llegó al Japón con todos sus naturales accesorios ó manifestaciones y en el orden político llevó sus libertades, su Código fundamental, su Parlamento, sus elecciones, sus partidos y no lo sé de cierto, pero posible es que hasta nuestros *pucheros* electorales para los casos apurados y de gran empeño.

Para que nada les faltase quedó inmediatamente organizado su partido conservador y su partido liberal con sus correspondientes jefes, y para la mejor inteligencia, salvando toda clase de respetos, diré sin más ambages

que *Irobumi-Ito* y *Akagi-Teasuki* se hallan hoy ejerciendo con grandísimo acierto de Cánovas y de Sagasta japoneses.

En Mayo de 1894 hallábase en el poder, en el Japón, el partido conservador, que, más atento al desarrollo de la política exterior de su nación que á las demandas de sus correligionarios, envió al reino de Corea un Embajador de ideas liberales con el expreso encargo de extremarlas y de difundirlas en el pueblo coreano.

El Embajador liberal fué tan asiduo y eficaz en el cumplimiento de la misión que le había confiado el Gobierno conservador, que al poco tiempo de su estancia en Seoul había más liberales entre las clases populares de Corea que en España en los tiempos de Riego triunfante, hasta el extremo de que el Rey, alarmado, viendo crecer la ola que ya se dirigía á su persona, creyéndose impotente para contrarrestar ideas que ya de liberales habían pasado á revolucionarias, singularmente en las provincias del Sur, en que se habían verificado algunos choques con la fuerza pública, pidió reiteradamente la protección de China.

Y ¿qué había de hacer el Gobierno del *Hijo del Cielo*, de aficiones despóticas, sino aceptar el grato encargo de aplastar con su planta la cabeza de aquella hidra revolucionaria que se acercaba á sus Estados, llevando entre sus dientes el pendón de lo que él suponía y apellidaba la barbarie?

Como primera dosis contra aquella enfermedad, envió á *Li-Howi* 2.000 soldados chinos para restablecer el orden y cerrar todo acceso á las nuevas ideas; pero el Japón, á quien se deshacían sus planes civilizadores, recordando que según el tratado de *Tientsin*, ninguna de las dos potencias podía intervenir activamente en los asuntos interiores de Corea sin el concurso ó asentimiento de la otra y cada una de ellas, se había reservado el derecho de desembarcar, en caso nesesario, un número de soldados, do-

ble del que hubiera enviado la otra, y viendo que las tropas del Cielo invadían la Corea sin otra ceremonia, creyó llegado el caso de ejercitar aquel derecho, enviando no cuatro, sino seis mil soldados japoneses á las órdenes de *Yosimasa*, General educado en los Ejércitos de Europa (Junio de 1894).

Avistados ambos ejércitos cerca de Seoul, empezaron las notas diplomáticas, proponiendo los chinos que, de común acuerdo, procediesen á devolver la paz á la Corea y á su Rey el poder absoluto, y replicando los japoneses que aceptarían el acuerdo para implantar en la nación las libertades públicas de que ellos disfrutaban. La diferencia de conceptos y propósitos estaba tan marcada que ya se vislumbraba como término la guerra.

El Gobierno de China, que así lo presentía, que tenía en Corea 2.000 hombres delante de 6.000 japoneses y que veía difícil reforzarlos á tiempo por la frontera de Mandchuria, resolvió hacerlo prontamente por la vía de mar, y el transporte *Koushing* fué designado para llevar otros 2.000 á las playas de *Asam*.

Aunque la guerra no estaba declarada, fué escoltado el transporte por los dos buques chinos *Tsi-Yuen* y *Kuang-ki*, que hicieron el viaje sin la menor dificultad, al expresado puerto (25 de Julio); pero antes de que hubiesen desembarcado la tropa, los *topes* ó vijías anunciaron la presencia de tres buques japoneses, que eran el *Matsushima*, el *Yoshino* y el *Naniwa*.

Sorprendidos los chinos con aquella aparición, nada grata, levaron y se hicieron á la mar, sin intentar el desembarco, y al poco tiempo fueron notificados por los japoneses de que su Gobierno se oponía á todo desembarco de chinos en Corea y de que para garantía de que así había de suceder, les exigían que el transporte *Coushing*, con las tropas que llevaba, siguiese en sus navegaciones á la división japonesa.

Los chinos protestaron, alegando que no reconocían en

el Mikado, jurisdicción alguna sobre la costa de Corea, y que con la misma razón que habían desembarcado 6.000 japoneses podían desembarcar 4.000 chinos; pero el Comandante japonés, razonando al estilo del Duque de Alba en Portugal, debió contestarle que él no llevaba el encargo de discutir los derechos de su Soberano, sino de ejecutar sus órdenes, y que en cumplimiento de ellas exigía la entrega del transporte.

La negativa de los chinos fué rotunda é inmediata, pero tan inmediata y tan rotunda como ella fué la resolución de los japoneses, que rompieron el fuego con acierto ó con fortuna tanta, que á la segunda descarga el *Tsi-Yuen*, que era el más poderoso de los chinos, quedó fuera de combate y emprendió la retirada sin preocuparse, al parecer, de la suerte de sus compañeros. Persiguióle el *Yoshino* que, con su gran andar, le dió alcance en muy pocos minutos; pero el *Tsi-Yuen*, sin detener su huida, averió á su vez á su perseguidor con el fuego de su artillería, quedando ambos impotentes para acometerse y á bastante distancia de los otros para contar con sus auxilios.

El transporte pretende alejarse del fuego para salvar la tropa que tenía á bordo, pero el *Naniwa* le persigue, lo acosa con el fuego de su artillería, lo acribilla, produce una matanza horrible en el ejército indefenso que se apiña sobre su cubierta, y en medio de espantosa gritería acaba por echarlo á pique; se hunde en el abismo, produciendo un inmenso remolino en el que flotan confundidos los vivos que se ahogan, los heridos que trabajosamente nadan derramando su sangre para morir con doble muerte y los cadáveres que, inanimados, sirven de asidero á los que inútilmente pugnan por salvarse.

Entre tanto, el potente *Matsushima*, cañonea sin piedad al pequeño crucero *Kuang-ki*, y una de sus granadas parte por la mitad dentro de un tubo el torpedo mortífero con que intentaba destruirlo. El pequeño *Kuang-ki* no se arredra; da toda fuerza para acercarse al monstruo y dis-

pararle otro torpedo por la popa; pero el hábil japonés maniobra con tal acierto, que el *Kuang-ki* pasa rozando por su popa, y al tenerlo enfilado le dispara una pieza de grueso calibre, lo atraviesa y lo incendia; el agua y el fuego hacen presa de él, y su animoso Comandante, perdida la esperanza de salvar el buque, hace proa á la costa á toda fuerza, lo embarranca, salva su gente á nado en medio de una lluvia de fuego y apenas llega á tierra escucha la tremenda explosión que produce la voladura del crucero, y ve, aterrorizado, la columna de humo y de fuego, en medio de la cual aun se divisan por los aires los despojos del buque mezclados con los cuerpos de 26 heridos que habían quedado á bordo.

Tal fué el terrible resultado de este primer encuentro verificado en plena paz. De los tres buques chinos, el transporte quedó destruido; de los 2.000 soldados que conducía, los que no perecieron por el fuego se ahogaron; voló el *Kuang-ki* y el *Tsi-Yuen* escapó averiado para morir después en el *Ya-lu*.

Los japoneses se batieron con valor é inteligencia, pero abusando de su fuerza; dos de los buques chinos lo hicieron con valor y con notoria desventaja; debieron ser vencidos y lo fueron, pero el desastre fué mayor de lo que hubiera disculpado la diferencia de los medios materiales.

Los ingleses supongo yo que sentirían la muerte de los 2.000 soldados chinos; mas lo que tengo por seguro es que inmediatamente pasaron al Imperio una cuenta de varios millones de pesos, porque el transporte echado á pique en servicio de China pertenecía á una casa inglesa, y una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa.

Después de este suceso ya no cabía otra solución, y la guerra fué declarada con toda solemnidad el día 27 de Julio.

GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN

La declaración de guerra fué acompañada por parte del Japón con el desembarco de otros 19.000 hombres que simultáneamente tomaban posesión de Chemulpo y reforzaban la guarnición de Seoul.

El encuentro de Asam pareció haber dejado á los chinos en la convicción de que mejor estaban en sus puertos que buscando aventuras por el mar *Amarillo*, y digo esto, porque desde entonces, y á pesar de haber continuado la escuadra japonesa cruzando dicho mar, no volvieron á verse hasta cincuenta días después, que casi en las mismas condiciones, aunque en mayor escala y con más espantoso resultado, vino á reproducirse el hecho ante la boca del *Ya-lu*.

Ya en anteriores conferencias habéis podido haceros cargo de cuanto era posible conocer respecto á la campaña terrestre cuya fortuna, varia en un principio, no tardó en declararse resueltamente adversa á los *Hijos del Cielo*, sin que en ese infortunio les quede ni el consuelo de los hombres incrédulos que opinan

que Dios protege á los buenos  
cuando son más que los malos,

porque en esta ocasión no es posible creer que los chinos admitan como cosa indiscutible que los japoneses sean ni más buenos ni más numerosos que ellos.

Dejemos, pues, luchando en tierra á *Yosimasa y Yamagata*, á *Oyama* y á *Nodzu*, y vamos al mar, donde también la muerte se prepara para hacer su cosecha.

Tratándose de una contienda que se desarrollaba sobre el suelo de una nación peninsular, y en la que todos los refuerzos del Japón habían de venir por mar, parecía natural que el empeño mayor, y sobre todo en los primeros

días, se hallase concentrado en la posesión de aquella vía: en el pleno dominio del mar.

Así lo comprendieron los japoneses y así hubieron debido comprenderlo los chinos, porque cerrado á los primeros el camino del mar, ni podían reforzar el reducido ejército que ya tenían en Corea, ni reembarcarlo, ni evitar que, abrumado por el número de chinos venidos de Maudchuria, pereciese en brevísimo plazo.

El Japón se hizo cargo del peligro; puso inmediatamente en movimiento sus escuadras, reforzó sus ejércitos de operaciones, buscó á la Armada china con el deseo patriótico de aniquilarla; recorrió impunemente todo el mar Amarillo provocando á los buques *celestes* que no salían de sus puertos, y mientras que en los unos producía la inacción un pesimista sentimiento de su inferioridad, los otros se creían triunfantes sin haber disparado otros tiros que aquellos que sonaron en Asam, ni haber hallado sobre el mar y frente á frente otra bandera del Celeste Imperio.

¿A qué ha de atribuirse esa inacción extraña de la Armada de China en los puertos? Probablemente á ese solo sentimiento, á esa convicción íntima de su inferioridad, no por el número ni por las condiciones de sus buques, sino por la organización, la disciplina y el espíritu de sus tripulaciones.

Japón, obrando previsoramente había tenido largo tiempo sus escuadras en constante ejercicio, había introducido en ellas todos los adelantos de las Marinas europeas y el personal que las dotaba tenía plena conciencia de su valer y superioridad sobre los *enemigos*, China, por el contrario, había tenido su Marina en una especie de inacción que no tan sólo no prepara para los lances de la guerra, sino mata el espíritu con hábitos de holganza y con presentimientos de una inferioridad que se agiganta en los momentos de peligro.

En los cincuenta días que siguieron á la declaración de

guerra, el Ejército japonés, bajo la inteligente dirección de Yamagata y de Nodzu, había proseguido su marcha victoriosa con ligeros eclipses de fortuna en dirección á la frontera de Mandchuria, formada en parte por el río *Yalu*, que desde 80 leguas viene á desembocar en el mar *Amarillo*.

El 15 de Septiembre el Ejército chino acababa de perder la batalla y la aldea de *Ping-Yang*; el general *Tso* y 2.000 de sus soldados habían muerto en el campo de batalla; otros 14.000 habían quedado prisioneros ó dispersos; *Wei* había sido degradado; el Ejército había quedado comprometido y desmoralizado, sin que bastasen á reanimarlo los horrendos suplicios con que habían sido castigados los cobardes.

Era, pues, evidente la necesidad de reforzarlo con tropas de refresco, con tropas de la China propia, que no estuviesen aún contaminadas del terror que inspiraban las continuas victorias de los japoneses.

La escuadra del Japón, después de haber contribuido á las operaciones sobre la costa coreana, apoyando constantemente el flanco izquierdo de su Ejército, se había retirado á las islas *Elliot*, cerca de *Port Arthur*, desde donde atendía y podía acudir en pocas horas á la costa coreana ó al golfo de *Petchili*; mas como la costa de China carece de servicio semafórico y las escuadras del Celeste Imperio no salían de los puertos, ignorábanse en *Pekín* y en *Tientsin* los movimientos y el fondeadero de sus temidos adversarios.

El Almirante chino *Ting*, que estaba con su escuadra en *Port Arthur*, recibió de Tientsin, en donde estaba el centro directivo de las operaciones, la orden de salir escoltando un convoy que se enviaba con refuerzos y material de guerra para el Ejército de la Mandchuria, y la orden fué cumplida con gran puntualidad, pero sin las debidas precauciones, como si se tratara de un sencilla operación de paz.

Afortunadamente para ellos, el viaje de ida fué feliz y sin encuentros, y en la tarde del 16 de Septiembre fondeaba á diez millas de la boca del *Ya-lu* con seis transportes conduciendo 8.000 hombres y material de guerra, 5 acorazados ó buques protegidos, 5 cruceros, 4 buques menores y 4 torpederos, ó sea un total de 14 buques de guerra, 4 torpederos y 6 transportes.

Inmediatamente dispuso que éstos entrasen en el río hasta donde lo permitiese su calado, y comenzó el desembarco con las naturales dificultades producidas por la corriente del río, la falta de muelles, grúas y demás elementos apropiados, y hubo necesidad de suspenderlo cuando cerró la noche para continuarlo al día siguiente.

No puedo asegurar ni creo que la escuadra de *Ting* dejase de tomar aquella noche las precauciones convenientes dentro de los buques, pero convienen todos los relatos y demuestran los hechos posteriores que disponiendo de cruceros veloces no destacó, como debía, exploradores á distancia, que con alguna antelación avisasen al grueso de la escuadra de la presencia ó aproximación del enemigo.

En cambio, el Almirante *Ito*, japonés, más experto, tenía constantemente destacados varios de sus cruceros que aquella misma noche le avisaron de la presencia de los chinos en las proximidades del *Ya-lu*.

Apenas recibido este aviso, el Almirante *Ito* dió la orden de ponerse en movimiento, y á toda la velocidad que permitían las máquinas de los más viejos, hizo rumbo al lugar en que se hallaba el enemigo, distante sólo 80 millas.

Llevaba el Almirante *Ito* 5 buques acorazados ó protegidos, 4 cruceros rápidos, otros dos buques de escasas condiciones de combate y el transatlántico *Seikio*, que, conduciendo al Almirante *Kabayama* en comisión del Gobierno, y habiéndose encontrado con la escuadra, se había incorporado á ella ansioso de compartir con sus

hermanos la gloria del combate. Eran, pues, 12 buques japoneses, número algo menor que el de los chinos, aunque más que en su número habremos de fijarnos en sus condiciones.

La incorporación del *Seikio* á la escuadra de operaciones es un hecho sencillo, que revela, no obstante, el entusiasmo y buen sentido de la Marina japonesa.

Ni el buque era apropiado para el combate ni el Almirante *Kabayama* tenía misión alguna en las operaciones de la guerra; pero verificado aquel encuentro casual á distancia de su Gobierno, animado *Kabayama* de bélico deseo y comprendiendo *Ito* que aquel buque podía ser de utilidad como auxiliar para remolques, para depósito de heridos ó de prisioneros, para convoy de los averiados y para muchas atenciones que sin ser pelear son propias de la guerra, convienen en que el mejor servicio de la nación aconseja que el buque advenedizo siga la suerte de la escuadra, y ni consultan al Almirantazgo, ni se forma expediente, ni se les piden cuentas, ni se les hacen cargos, ni menos se anatematiza y se condena á los que á gran distancia del Gobierno, con un conocimiento más perfecto de lo que allí sucede, con el deseo más patriótico, acuerdan y efectúan modificaciones en las órdenes que llevan, para mejor provecho de su patria.

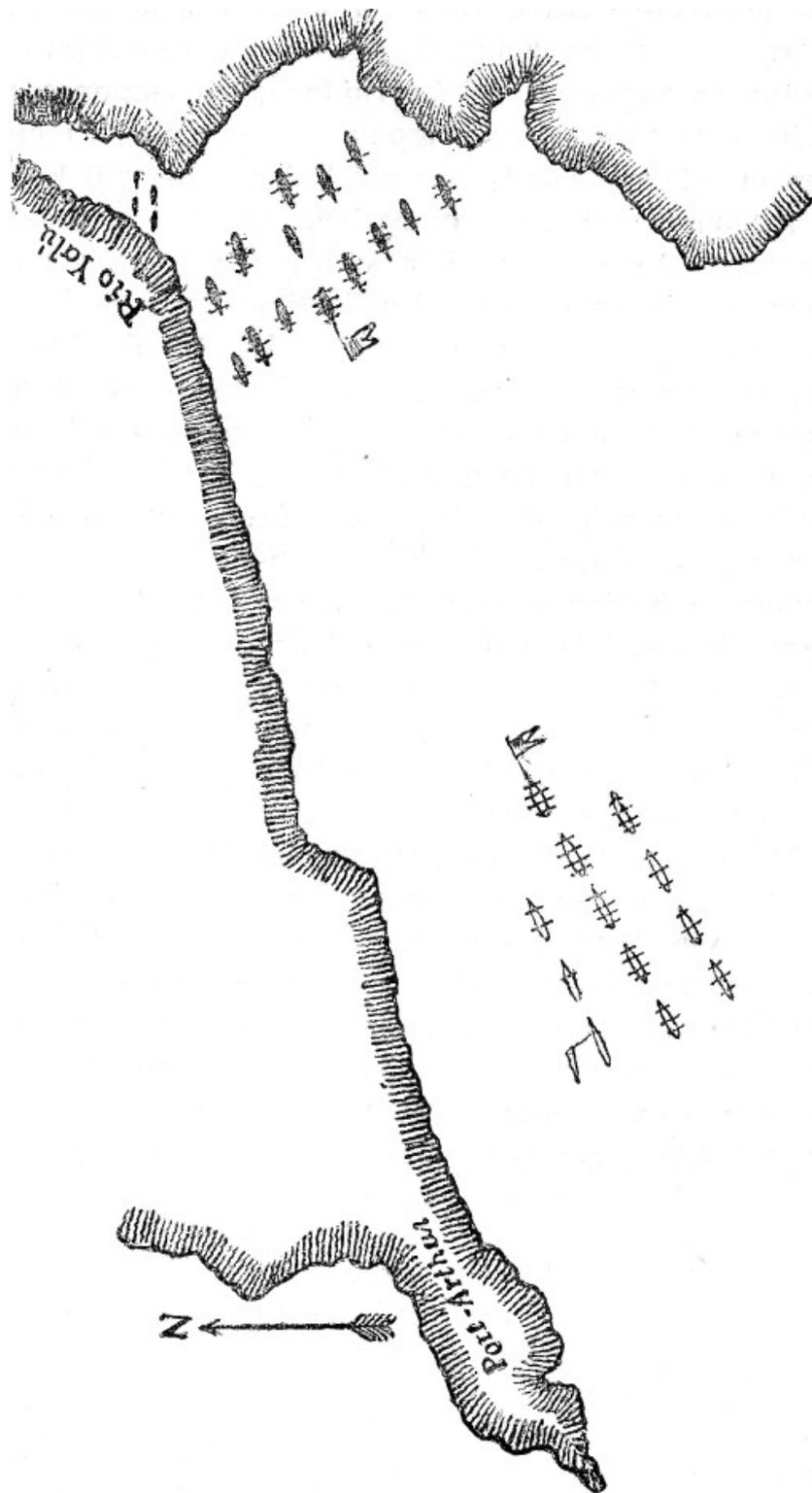
Cito este caso como ejemplo del buen sentido que domina entre los Almirantes japoneses, y prosigo el relato.

No está bastantemente esclarecido si la operación del desembarco del Ejército chino terminó felizmente en la amanecida del 17 y la escuadra emprendió su ruta de regreso dejando los transportes en el río sin sospechar la aproximación del enemigo, ó si, como parece más probable, la presencia de éste fué la que hizo que el Almirante *Ting*, sorprendido en tal faena con los botes en el agua y parte de las tripulaciones ocupadas en la playa, llamase apresuradamente á éstas y se pusiera en movimiento con el desorden que acompaña á todas las sorpresas. Ello es

que los relatos posteriores no vuelven á hablar de la suerte que corrieron aquellos seis transportes chinos que no fueron capturados ni destruidos por los japoneses.

No está tampoco averiguado de una manera cierta cuál era el estado de la mar y del viento, ni cuál la posición de unos y de otros combatientes con relación al barlovento y al modo de recibir la luz del sol, para juzgar de su influencia en la mutua visualidad de los movimientos á causa del humo y en la comodidad ó dificultad de las punterías; pero juzgando por lo que se sabe, puede inferirse que ni la mar, ni el viento, influyeron sensiblemente en las operaciones, cuando no se ha considerado necesario hacer mención de ellas, y que navegando los chinos aproximadamente al WSW. y los japoneses en sentido opuesto, y habiendo empezado el combate poco después de medio día, debió verificarse el primer encuentro recibiendo el sol los chinos en el rostro y los japoneses por la espalda, ó con más propiedad, aunque en términos marineros, los chinos por la mura de babor y los japoneses por la aleta de estribor.

Al avistarse ambas escuadras, la china navegaba en dos líneas, en el orden de frente endentado, aunque formadas con alguna confusión, según propio relato, lo que equivale á confesar que esa sería la formación ordenada por *Ting*, pero que en realidad la escuadra navegaba en gran desorden. La de los japoneses iba formada en tres escuadras en el orden de frente, y cada una de éstas en línea de fila, según se representa en la siguiente figura:



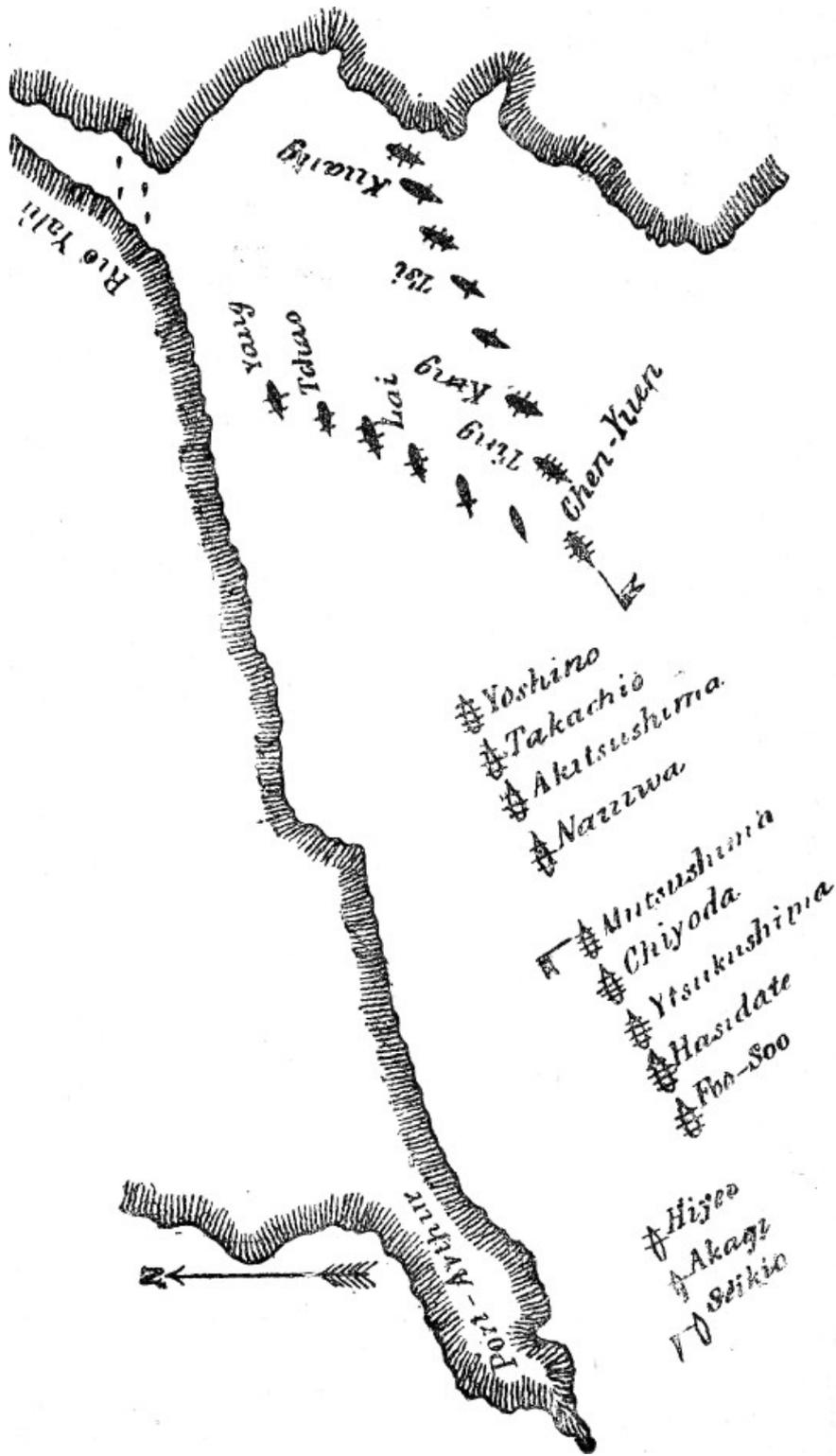
El número de rayas transversales indica la importancia relativa de los buques.

Tan pronto como se reconocieron las escuadras, sus respectivos Almirantes adoptaron las siguientes disposiciones:

*Ting* ordenó á los chinos formar en una sola línea, en ángulo saliente, según unos relatos, ó en media luna, según otros, al mismo rumbo que llevaban y ocupando la insignia su vértice ó centro.

*Ito* mandó á los japoneses formar en una sola línea de fila con la escuadra volante, ó sea la de estribor á la cabeza, la de la insignia en medio y la de babor á retaguardia algo á babor, y hacer rumbo directo sobre el ala derecha de los chinos.

Quedaron, pues, ambas escuadras en la disposición que indica la siguiente figura:



La escuadra china, como se ve, presenta una sola línea angular algo imperfecta, formada con apresuramiento y sin cálculo preconcebido. Ni están interpolados los buques de gran porte con los débiles, ni están protegidos los extremos de las alas con los de más poder, ni la extensión de la línea permite una acción común si es atacada exteriormente por una de sus alas, como lo fué, en efecto, ni hay buques de reserva que acudan á cubrir los claros ó á socorrer los más comprometidos. Los torpederos quedan en el río y la proximidad de la tierra impide todo movimiento de retirada.

La escuadra japonesa va agrupada con sujeción á método.

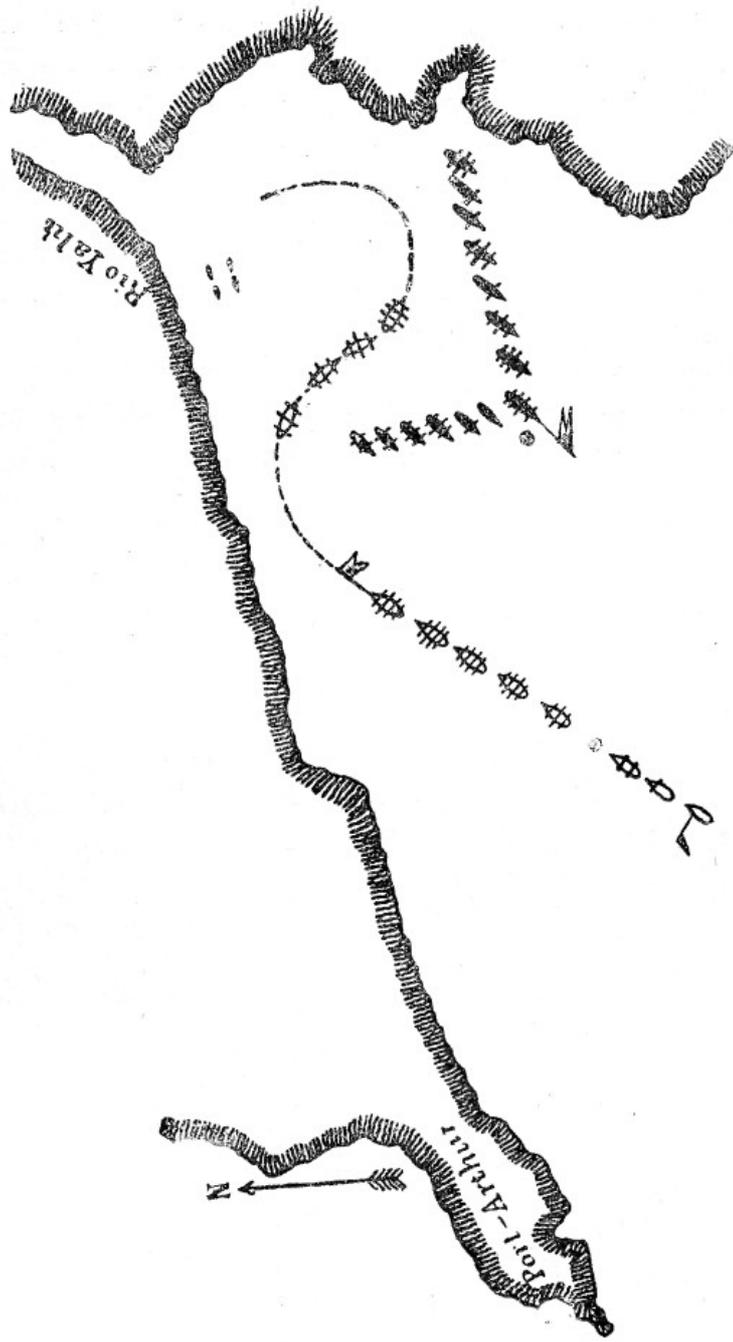
Sus cuatro cruceros rápidos, á cuya cabeza va el *Yoshino*, uno de los más rápidos, forman la división volante ó de vanguardia; los cinco buques protegidos y de gruesa artillería, á cuya cabeza va el *Matsushima* con la insignia de *Ito*, forman el núcleo más potente en el centro de la línea; los dos buques más débiles, el *Hiyey* y el *Akagi*, de utilidad harto dudosa para la pelea, y el transatlántico *Seikio*, forman la retaguardia algo á babor con orden de maniobrar sueltos, esquivar el encuentro y estar atentos á prestar los auxilios de remolque ú otros que fueren necesarios á los buques averiados.

A la una de la tarde, y á la distancia de 6.000 metros, el buque de la insignia china *Chen- Yuen* rompe el fuego sobre la división volante japonesa, á la que con dificultad alcanza, y su ejemplo es seguido por todo el resto de la escuadra china. Sólo el *Yoshino* recibe algunas averías, pero los japoneses continúan silenciosos y á toda velocidad, hasta estrechar las distancias á dos ó tres mil metros, lo que efectúan en muy pocos minutos, y entonces, casi á quema ropa, se ensañan verdaderamente contra el ala derecha: el *Yangwei*, que forma el extremo de ella, resulta acribillado y lleno de averías; busca su salvación retrocediendo hacia la costa, donde embarranca y es des-

truído y quemado materialmente por la artillería de los cruceros japoneses.

Estos doblan sobre estribor rápidamente y cañonean por retaguardia el ala derecha de los chinos, que no puede ser prontamente socorrida por la izquierda. Los torpederos de *Ting* salen entonces del río y á toda velocidad se dirigen sobre los cruceros japoneses; pero éstos los reciben con mortífera lluvia, producida por las ametralladoras; los rechazan y los persiguen en dirección al Oeste sin poder alcanzarlos por su mayor velocidad y su escaso calado, que les permite aproximarse á tierra.

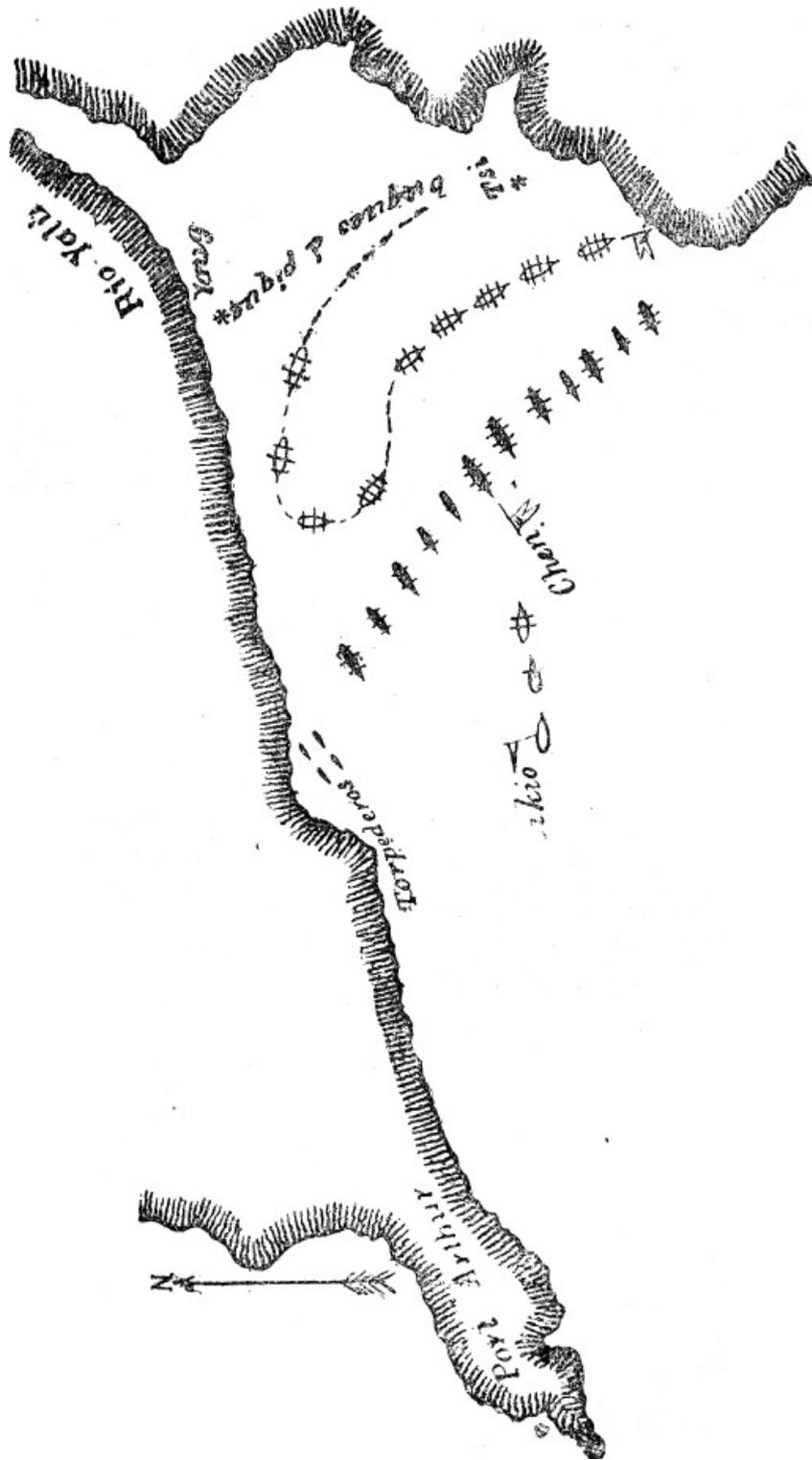
Ambas escuadras quedan entonces como indica la siguiente figura:



Entretanto el Almirante *Ito*, con sus acorazados, cruza á todo vapor por delante del ala derecha de *Ting*, ya mal trecha por el primer ataque, y se empeña un tremendo cañoneo. El *Matsushima*, de la insignia de *Ito*, recibe del *Chen-Yuen*, que arbola la de *Ting*, uno de esos monstruosos proyectiles de 32 cm. de diámetro y 400 kg. de peso, el cual viene á chocar sobre un cañón de pequeño calibre que, arrancado materialmente de su cureña y acompañado de una parte de ésta vuela por los aires; convertido á su vez en proyectil, destroza cuanto encuentra á su paso, causa 55 bajas entre sus tripulantes, y entre muchos horribles incidentes verificase el fenómeno de desaparecer el cuerpo de un Oficial quedando á bordo su cabeza.

El *Matsushima* toma venganza inmediata de tan grave daño, y con una doble descarga de su potente artillería desmonta los dos gruesos cañones gemelos del *Chen-Yuen*, á la vez que le causa otras graves averías, y sin parar mientes en ello dobla la línea china de la propia manera que lo habían hecho los cruceros; incendia á su paso al *Tchao-Yuen*, que había quedado de cabeza de línea y se sumerge sin dejar de hacer fuego; cañonea el ala derecha sin detenerse, acomete y desordena la izquierda y hace señal á la división volante para que abandone la caza de los torpederos y se emplee contra el resto del ala derecha mermada ya en dos buques.

Sus señales son perfectamente comprendidas y ejecutadas por los Capitanes de la escuadra volante, que viene a situarse á retaguardia de esta ala, generalizándose el combate en la forma que indica la siguiente figura:

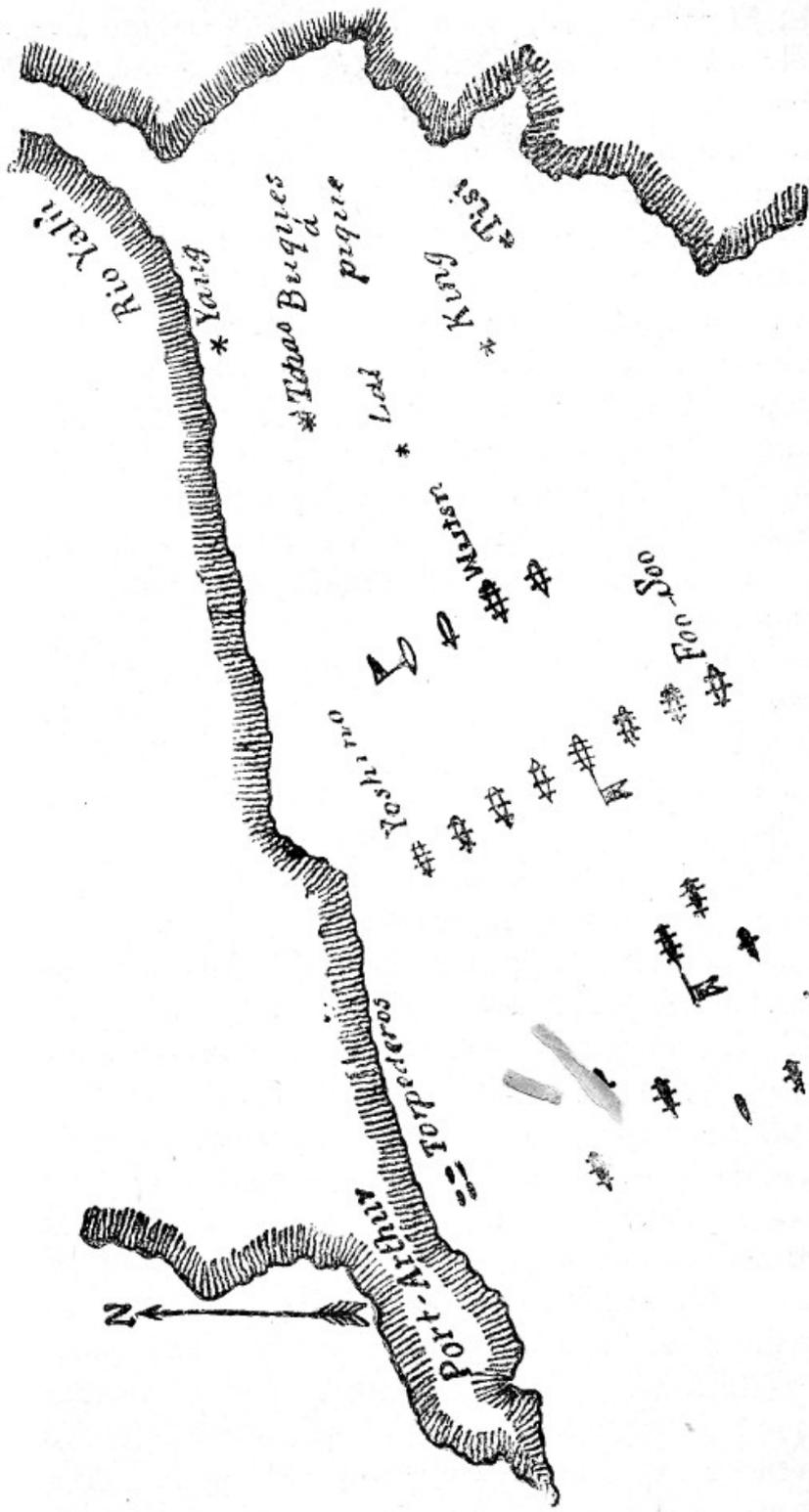


Las estrellas indican los que se han ido á pique. En esta posición, la escuadra china, ya desordenada, intenta maniobrar para hacer frente al enemigo; el movimiento simultáneo de los cambios de rumbo aumenta su desorden; el *Lai-Yuen*, en el ala derecha, acribillado por el fuego de los cruceros japoneses, se sumerge primero de popa y después, totalmente, en posición de quilla vertical; el *King-Yuen* y el *Tsi-Yuen*, del ala izquierda, arrastran al abismo á sus tripulaciones; tres buques chinos desaparecen simultáneamente; uno de ellos, que ha caído en poco fondo, asoma aún sobre la superficie de las aguas sus cofas militares, que van siendo el refugio de los náufragos, cuyas vidas aun pueden salvarse; pero ¡quién piensa en vida ajena y en vida de enemigo cuando tan en peligro está la propia! En aquellos momentos casi parece generoso no dirigir el fuego sobre ellos y dejar que se ahoguen en paz.

El Comandante del *Akagi* sube á la cofa para observar por encima del humo los movimientos de los torpederos, pero en aquel momento una granada parte á tronco su palo, y palo, y cofa, y Comandante, y marineros caen sobre la cubierta quedando muertos en el acto, y cuando el humo se disipa y los chinos advierten sus pérdidas y echan de menos cinco buques, tornan á dirigir sus proas al rumbo primitivo, sin dejar de hacer fuego á los de *Ito* que los persiguen con encarnizamiento.

Entretanto el *Hi-Yey*, el *Akagi* y el *Seikio*, que á causa de sus malas condiciones venían á retaguardia de la línea japonesa con orden de evitar el encuentro, llegan en ese instante á la altura de los chinos, y deseando reunirse á los suyos, evitando el rodeo á que obliga la extensión de la línea, toman la heroica resolución, más heroica por ser innecesaria, de hacer rumbo directo hacia el buque Almirante, y atraviesan á todo vapor entre los dos acorazados chinos. El *Akagi* recibe tales averías que queda inmóvil entre ellos y en situación comprometida,

pero el *Hi Yey*, aunque incendiado, le da un remolque y lo retira del peligro, arrebatando así á los chinos la única presa á que hubieran podido aspirar; el *Seikio* pierde el aparato del timón y cae sobre los acorazados, que le cañonean con su artillería ligera y le disparan dos torpedos; pero el *Seikio* gobierna con sus hélices, salva el peligro milagrosamente, y viene á colocarse con sus dos compañeros inválidos á retaguardia de su escuadra. *Ito* abandona el *Matsushima* averiado y lo relega á la segunda fila; cambia su insignia al *Hasidate* y queda así ordenada la que pudiéramos llamar para los chinos la formación de huida.



El Almirante *Ting* y su Ayudante Von-Hanneken, de procedencia alemana, van heridos. Su buque, el *Chen-Yuen*, navega trabajosamente con los cañones gruesos desmontados, la proa hundida, haciendo agua, y la cubierta llena de cadáveres; el otro acorazado chino, *Ting-Yuen*, lleva 200 balazos y un incendio en sus cámaras; el *Kuang-King* va desarbolado y el *Ping-Yuen* también lleva el incendio en su seno.

La escuadra china va incapaz de sostener por mucho tiempo aquel combate que se ha hecho desigual. Si el Almirante *Ito*, en aquellos momentos, hubiese sido dueño, como Josué, de detener al sol dos ó tres horas, la escuadra del Celeste Imperio hubiera sido destruida ó apresada, pero la noche vino con su manto á proteger la salvación de los vencidos.

El Almirante *Ito*, receloso de que en la obscuridad volvieran los torpederos chinos sobre sus fatigados buques, dió orden de acortar la marcha, y libre *Ting* de su persecución aprovechó la noche para dejar en *Port-Arthur* los buques más averiados y proseguir con los demás á *Wei kai-wei*, de donde no han vuelto á salir.

Al día siguiente los japoneses volvieron al *Ya-lu*; la escuadra china había desaparecido, y el Almirante *Ito* hizo volar los restos del varado *Yang-wei*.

Tal fué el terrible resultado del combate naval del *Ya-lu*.

Los chinos perdieron totalmente el *King-Yuen* y el *Lai-Yuen*, de 2.850 toneladas; el *Tsi-Yuen*, de 2.300; el *Tchao-Yong* y el *Yang-wei*, de 1.350, ó sea un total aproximado de 10.000 toneladas que, calculándolas baratas á 2.000 pesetas, representan 20 millones de ellas echadas á pique y agregando el coste de reparación de las averías de los nueve restantes, porque ninguno salió ileso, puede decirse que los chinos perdieron en cuatro horas 25 millones de pesetas (20.000 duros por minuto), unos 300 hombres entre muertos y heridos, casi toda su escuadra inutilizada para

el resto de la campaña y el mar abierto y franco á disposición de sus enemigos.

Los japoneses no perdieron ningún buque: sólo el *Matsushina* tuvo averías que le obligaron á volver á los puertos del Japón, y á este precio adquirieron el dominio del mar, la destrucción de la escuadra enemiga, el prestigio y el aliento que la victoria infunde para los sucesivos lances de la guerra.

El día 19 de Septiembre los vencedores se hallaban de regreso en las islas *Elliot*, donde se dedicaron á reparar sus averías.

El Almirante chino *Ting* fué primero premiado y degradado luego cuando se supo exactamente lo ocurrido: las fiestas preparadas en China para celebrar el 60 aniversario del nacimiento de la Emperatriz madre se suspendieron en señal de luto, y los cinco millones de libras que á ellas se destinaban fueron incorporados al tesoro de la guerra.

Un mes después de la batalla del *Ya-lu* el Japón conseguía nuevo y espléndido triunfo. El 20 de Noviembre, *Port-Arthur*, el arsenal más importante del Celeste Imperio, caía en su poder con los fuertes, el puerto, la dársena, los astilleros, un dique de 400 pies, dos buques de combate, gran parte de la flota de torpederos, diez mil toneladas de carbón, efectos de guerra por valor de tres millones de *taels* y un número considerable de prisioneros

El General *Oyama*, que acababa de demostrar tan relevantes condiciones de caudillo, daba á su patria un puerto militar y un arsenal con toda clase de repuestos para su escuadra, en el teatro mismo de sus operaciones, á 200 millas del río *Peiho* por donde ingleses y franceses en 1861, con recursos menores que los que hoy tienen los japoneses, llegaron á Pekín en pocos días é impusieron la paz al Imperio.

PARTE CRÍTICA

Hagamos ahora, hasta donde es posible, la crítica de la batalla del *Ya-lu*, única que puede considerarse como terrible encuentro entre dos escuadras modernas, encuentro que seguramente no hubiera dado el mismo resultado si ambas escuadras hubieran sido manejadas con el mismo acierto, si ambas tripulaciones hubieran estado igualmente aleccionadas, si chinos y japoneses hubieran estado poseídos del mismo sentimiento que no puede imponerse, pero debe sentirse: el amor de la Patria.

Justo es reconocer ante todo y en honor del vencido, que el Almirante *Ting* observó una conducta valerosa en el fragor de la pelea, y que sus Comandantes y Oficiales individualmente realizaron no pocos actos de heroísmo, pero en cuanto á pericia marinera, á previsión y acierto no puede tributárseles el mismo elogio.

Ya he dicho que el defecto capital que se observa en todas las operaciones de la escuadra china es la falta de preparación para la guerra.

Dividida la Armada nacional en escuadras dependientes de varios virreinos, cuando llega el caso de reunir-las, constituyen, más que una Armada china, una Armada compuesta de escuadras aliadas, unidas por la bandera china, pero separadas por sus distintos orígenes, distinta organización y hasta distinto interés en el resultado de la campaña.

Y si esta alianza estuviese formada por escuadras con buena aunque distinta organización, el mal sería menos sensible; pero es el caso que, á juzgar por los resultados, la organización de las escuadras chinas sólo puede calificarse de diversamente mala.

La misma calificación merece la diversidad de los sistemas de reclutamiento, de conocimientos de su oficialidad, de práctica del oficio de mar, de manejo de las ar-

mas y de las máquinas y de todo aquello que requiere uniformidad en los medios, para alcanzar un favorable resultado.

Cierto es que el material adquirido á peso de oro puede ser tan bueno en China como en cualquiera otra nación que disponga de millones suficientes para mandarlo construir en los mejores astilleros de Inglaterra; pero respecto al personal son otras las dificultades. El marino se hace en el mar, como el militar en la guerra; la mar la hallamos siempre disponible y sin costo, pero la guerra debe suponerse, gastando algún dinero en la ficción para adiestrarse en ella de la propia manera que si fuese efectiva, á fin de que al llegar á serlo, continúe el ejercicio sin más variación que lo imprevisto.

Los chinos no habían evolucionado mucho en escuadra y ni sus Almirantes se habían connaturalizado con la táctica naval, ni podían, por lo tanto, resolver prontamente sobre el mejor partido que ofrecían las circunstancias; los Comandantes y Oficiales, por el mismo motivo, no conocían bastante las condiciones de sus buques ni los variados elementos de que podían disponer; no habían manejado de una manera suficiente los torpederos y torpedos y no sacaron de ellos el partido que podían; muchos murieron valerosamente, pero su sacrificio no remedió sino agravó el desorden; sus artilleros no habían tirado mucho al blanco y sus disparos resultaban mas dispendiosos que aprovechados, más lentos que certeros; sus tripulaciones eran advenedizas, con lazos de distinta fuerza para con la Marina militar y con nociones muy diversas de lo que es la Patria; de suerte que la mayor parte del personal iba á hacer sus primeros ensayos en una escuela de desastres.

Los japoneses, por el contrario, revelaron haber tenido una excelente preparación, tanto en los movimientos evolutivos cuanto en el manejo de la artillería; una unidad de resolución y de propósito que á primera vista denuncian la comunidad de ideas, la confianza mutua entre los que

mandan y los que obedecen, el sentimiento inspirador único é imperioso que se deriva del honor y el amor de la Patria.

Bastaba, pues, esta diversa disposición de ánimos y de aptitudes para presumir con fundamento que á igualdad de las otras circunstancias, la victoria sería para los japoneses; pero las diferentes fases del combate son la mejor comprobación de lo fundado del presentimiento.

La primera falta cometida por los chinos fué haber atravesado el mar por el mismo lugar donde debían presumir que se hallaba la escuadra enemiga sin llevar exploradores á distancia del grueso de la suya, que les advirtiesen con suficiente antelación la presencia de los japoneses. Dadas las velocidades de que hoy se hallan dotados los buques, y suponiendo que sólo sean de 15 millas, es evidente que siguiendo direcciones encontradas sumaran sus velocidades de aproximación 30 millas por hora, ó sea una milla cada dos minutos, de suerte que si dos escuadras se avistasen á 15 millas estarían á distancia de batirse á los veinte ó los treinta minutos, y de aquí la necesidad, mayor ahora que antes, de llevar á distancia exploradores que avisen con alguna antelación la presencia de los enemigos.

Esta falta, que no tuvo consecuencias durante el viaje, se repitió en la noche del 16 al 17, que pasaron los buques fondeados frente á la boca del *Ya-lu*, de suerte que ella sola y la diversa disposición de ánimos de que ya he hecho mérito, dieron por resultado que la mutua aparición de las escuadras enemigas fuese para los chinos una desagradable sorpresa; para los japoneses el logro de un propósito acariciado largo tiempo.

En punto á formación para combate se observa que la línea china, sea por la precipitación con que hubo de formarse, sea por la imprevisión de no tener los buques numerados, cotejados y ejercitados convenientemente, adoptó la de ángulo, en condiciones tales, que cada una de las

alas pudo ser batida sucesivamente sin que la otra viniese en su socorro. Además se encontraba tan próxima á la tierra, que los extremos de las alas, teniendo que maniobrar en un principio en parajes de poco fondo, se veían frecuentemente embarazados en sus movimientos y acabaron por morir embarrancados.

En cuanto á la elección de sitio no tenemos aún noticia exacta de por qué el Almirante *Ting* prefirió combatir en aquel saco más bien que en alta mar. Posible es que si su escuadra fué sorprendida antes de terminar el desembarco de las tropas, no tuviese más tiempo que el necesario para hacerse á la mar; y en tal caso no puede acumularse á la imprevisión de la falta de exploradores la mala elección del mar de batalla, porque la una sería consecuencia necesaria de la otra.

Pero también es posible que el Almirante chino, ya por opinión propia ó por instrucciones de su Gobierno, considerase como objeto primordial de su expedición el desembarco del socorro enviado al Ejército de tierra, y no habiendo concluido de verificarlo, haya vacilado ante las siguientes consideraciones.

Permaneciendo á la boca del río, aun en el caso de no ser vencedor, y de ser necesario sacrificar algunos buques, impedía la entrada de los japoneses cuando menos el tiempo necesario para acabar el desembarco y dejar reforzado y rehecho el Ejército de la frontera. Los mismos buques que se fueron á pique en la boca del río serían obstáculos invencibles para el paso de los enemigos.

Por el contrario, avanzando al encuentro de los japoneses y dando la batalla en alta mar, podían ocurrirle los dos casos siguientes: Si la fortuna le era favorable, obtenía dos triunfos á la vez: la derrota de la escuadra enemiga y la salvación del Ejército propio. Mas si, por el contrario, era vencido en alta mar, además de la pérdida de su escuadra, la entrada del *Ya lu* quedaba abierta á los cruceros japoneses, caerían los transportes en poder del

enemigo y se agravaba considerablemente la situación moral y material, ya muy comprometida, del Ejército chino que defendía las fronteras.

Posible es, pues, que el Almirante chino, que no debía tener gran confianza en su victoria, eligiese aquel sitio como una especie de Termópilas, dispuesto á perecer con su escuadra por la salvación del Ejército, que era á la vez, ó que él consideraba, la salvación de China.

Obsérvese, sin embargo, una circunstancia que es digna de notarse. La escuadra china empezó á combatir navegando al WSW., y cuando terminó el combate aun navegaban los supervivientes con la proa al WSW. con rumbo á *Port-Arthur*, como si su único propósito antes, durante y después del combate no hubiera sido la salvación del Ejército, sino la propia salvación en los puertos de China.

Los japoneses, en cambio, maniobraron con gran habilidad y pericia. No acometieron de frente á la línea china para no recibir el fuego simultáneo de las dos alas; se aprovecharon de la extensión de la línea enemiga para caer sobre una de ellas y destruirla ó quebrantarla antes de que la otra pudiera venir en su ayuda, y aun tratándose de una sola no la acometieron de frente, sino que utilizaron la gran velocidad de sus cruceros para doblar la línea y atacarla de improviso por la popa, cuya defensa había de ser necesariamente más débil.

Los chinos, entretanto, al verse acometidos por donde no esperaban, no intentaron al pronto cambiar de frente ni aun de rumbo para presentar sus costados al enemigo, utilizar las piezas de gran calibre de proa, aconcharlos sobre la tierra en el saco del *Ya-lu* y cambiar quizás la suerte del combate. Antes por el contrario, continuaron su rumbo hacia alta mar y abrieron mayor claro entre su ala derecha y la costa, facilitando el paso de la escuadra fuerte de *Ito*, que vino también á cañonearlos por la popa, y cuando vio debilitada el ala derecha arre-

metió contra la izquierda, que se encontraba intacta, encomendando á los cruceros la misión relativamente fácil de rematar á los de la derecha.

Claro es que si los chinos se hubieran mantenido en dos líneas de frente de menor extensión, colocando en la primera sus buques más potentes y dejando á retaguardia los cruceros veloces más cerca de la boca del *Ya-lu*, los japoneses se hubieran guardado de acometer por retaguardia á la primera línea, porque hubiesen quedado entre dos fuegos y no hubiesen podido tampoco pasar á retaguardia de los cruceros porque el mayor calado y la proximidad de la tierra se lo impedía, y suponiendo que hubiesen atacado de frente, los cruceros veloces de los chinos hubieran estado siempre en condiciones de auxiliar á la primera línea por los puntos más quebrantados ó utilizar su gran velocidad para dividirse en dos grupos, doblar á toda fuerza las alas de su primera línea y cercar por la popa á los japoneses, dejándolos también entre dos fuegos.

Y no es esto decir que con tal maniobra tan fácilmente dibujada sobre un plano estuviese el triunfo seguro, porque no es de creer que el Almirante *Ito* no se apercibiese ni contrariase en modo alguno aquellos movimientos; pero á lo menos la derrota en vez de ser, como lo fué, segura, ya no sería más que *posible*, y cuando la derrota es posible también lo es la victoria.

En cuanto al uso de la artillería también ofrece este combate algunas enseñanzas. Obsérvase, por una parte, que la ventaja del alcance, tan importante en otros casos, no lo fué en el presente ni lo será en otros análogos, puesto que los combates navales á los pocos minutos de empezados prosiguen al alcance hasta de la menor artillería.

Las piezas monstruosas tienen indudablemente la ventaja de que uno solo de sus proyectiles puede bastar á destruir un buque de gran porte, mas como cada disparo requiere de ocho á diez minutos, resulta que si se apunta

mal (y esto es muy fácil cuando se combate á grandes velocidades) ó se esquivo el golpe por cualquier circunstancia, se estará quince ó veinte minutos con el fuego interrumpido, durante cuyo espacio un enemigo diestro con cañones medianos y de tiro más rápido puede acribillar al monstruo antes de que éste dispare su tercer cañonazo.

Y no hablemos del caso en que la complicada máquina que mueve el cañón monstruo resulte entorpecida por cualquiera de sus múltiples engranajes.

Cierto es que los buques armados con esas grandes piezas llevan también otras menores, y que aun inutilizadas las primeras quedarían en condiciones de seguir el combate, pero perdiendo mucho de su fuerza ofensiva y conservando su gran blanco y su gran precio para el caso de pérdida.

Los cañones rápidos y las ametralladoras confirmaron el concepto de su gran utilidad en combates á corta distancia ó bien para ahuyentar ó destruir con su lluvia mortífera á los pequeños torpederos.

En cuanto á los torpedos, no hubo ocasión bastante ó no fué aprovechada para demostrar su eficacia, porque fué poco el uso que de ellos se hizo, pero de todos modos quedó confirmado que no es operación sencilla dar con ellos en el blanco, y que los torpederos, en pleno día, pueden ser rechazados y perseguidos por la artillería ligera, sin darles tiempo ni ocasión á que disparen eficazmente sus mortíferas armas. Téngase en cuenta, sin embargo, que ni eran en gran número, ni la pericia de los que dirigían sus movimientos es fuerte garantía para la exactitud de las afirmaciones anteriores.

El combate de ariete no tuvo efecto en las cuatro ó cinco horas que duró el del Ya-lu, ni aun por mero accidente casual, y nada puede, por lo tanto, deducirse acerca de este punto que no sea ya conocido de todos.

---

Después de cuanto llevo dicho, es claro que ha de parecer ociosa y aun extraña la pregunta que voy á formular.

¿Cuál de las dos naciones pudo creerse vencedora el día del Ya-lu?

Como un hecho militar aislado, no cabe duda alguna: la victoria fué de los japoneses y con grandísima ventaja. Considerado como incidente de la lucha, en relación con la totalidad de la campaña, pudo en aquellos días discutirse por aquellos á quienes fuesen conocidos en toda su extensión los planes de campaña de ambas naciones combatientes, la situación exacta bajo el punto de vista moral y material del General en Jefe chino y de su Ejército y el valor que en sus combinaciones representaba en aquellos momentos el refuerzo de los 8.000 hombres que se le incorporaban.

Y como todo ello es para mi desconocido, sólo puedo exponer con certeza estos hechos. Los japoneses destruyeron el poder naval de China, al menos para toda la campaña, pero no apresaron á ninguno de los vencidos ni impidieron que fuese reforzado el Ejército que por entonces cerraba las fronteras de Mandchuria. Los chinos consiguieron el desembarco que se habían propuesto y mejoraron la situación de su Ejército, pero no devolvieron al Japón el daño que recibieron en su escuadra; perdieron buena parte de ésta y el dominio del mar para el resto de la campaña.

Juzgue, pues, cada cual y haga el balance de las pérdidas y las ganancias. Yo, por mi parte, si me viera obligado á elegir con sólo las noticias que poseo, no digo ahora que todos conocemos las consecuencias, sino en aquel momento mismo, el día 17 de Septiembre, no hubiera vacilado en la elección: hubiera preferido cien veces ser subdito de *Mutsu-hito* á ser *Hijo del Cielo*.

Y queda, finalmente, una última consideración sobre la cual sólo he de hacer indicaciones muy ligeras, porque una conveniencia patriótica aconseja no manosear demasiado estos asuntos en conferencias ó discusiones públicas.

¿Es de todo punto indiferente á España el resultado de esta guerra? Evidentemente que no.

Si las dos naciones beligerantes se hubiesen aniquilado mutuamente en sus recursos militares, principalmente en sus medios navales y en sus recursos financieros, España, *sin* tomar parte en la contienda, hubiera conseguido tanto como ganando dos campañas, *y* perdónenme chinos y japoneses esta manera de discurrir tan egoísta como patriótica. Si China hubiese destruido el naciente y ya más que naciente poder del Japón, si hubiera aniquilado su Marina y su tesoro, España hubiese visto compensada una ganancia y una pérdida, pero en definitiva, hecho el balance (y perdónenme ahora los japoneses), creo que hubiera ganado, porque la atención del vencedor hubiera quedado fija en el vencido.

Siendo el Japón el vencedor, que es lo que por ahora parece más probable, por no decir seguro; rehecho su tesoro con la contribución de guerra que ya se dice ha de ascender á 50 millones de libras esterlinas; enardecidos su Ejército y su Armada con sus recientes, decisivos y fáciles triunfos; amaestrados sus Almirantes y sus Generales; convencidos prácticamente de su propio valer; afianzada su monarquía y estrechados los vínculos entre el Soberano y su pueblo por esos fuertes vínculos del engrandecimiento de la Patria, y sobre todo esto, faltos de territorio y sobrados de hombres que los conquisten y los pueblen, posible es que al firmarse la paz, el Japón quede dueño de la isla de *Formosa*, insuficiente para satisfacer á sus necesidades expansivas, pero desde la cual, desde la cumbre de sus altas montañas, que un tiempo fueron españolas, acaso en días bonancibles se divisen las islas

*Batanes*, centinela avanzado hacia el Norte de nuestras islas Filipinas; mas centinela é islas (triste es confesarlo) completamente desarmadas ante una escuadra poderosa y ante un Ejército aguerrido, en cuyas limpias armas se refleja el sol de sus victorias, en cuyo oído resonarán por mucho tiempo esos cantos de guerra y de conquista que desde muy antiguo constituyeron el carácter de los pueblos de Oriente.

Desde *Formosa* á Filipinas hay 60 millas; desde España á Manila hay 10.000. Estos y otros que callo por sentimientos patrióticos serán los términos forzosos de futuros problemas que habrán de resolverse en el extremo Oriente. Yo aquí sello mis labios y pongo fin á mi trabajo.

Haced vosotros y vosotras las deducciones que os indique vuestra indudable perspicacia, y encaminad, que bien podéis, encaminad la opinión pública por el sendero que demandan los altos intereses de la Patria.

---